



Teléfono 22601. - Secretaría 25. - Piamonte, 2 (Casa del Pueblo)

Año XXIX || Todos para uno = Noviembre de 1937 = Uno para todos || Núm. 396

Texto taquigráfico de la conferencia pronunciada por el camarada Francisco Largo Caballero en el cine Pardiñas, el día 17 de octubre de 1937, con el tema «La Unión General de Trabajadores de España y la guerra»

PALABRAS DEL PRESIDENTE DEL ACTO, COMPAÑERO ANTONIO ALBA

Camaradas: Breves palabras por dos motivos: primero, que aquí nadie necesita que se presente al compañero Largo Caballero, de todos de sobra conocido; segundo, que no queremos robarle el tiempo que pudiera robársele con cosas de las que, naturalmente, no teníais nada que aprender, y más dichas por mí. Lo que sí es muy interesante, y os voy a rogar que dispenséis la molestia que ello supone, es leer unas cuantas de las muchas adhesiones que se han recibido.

(Da lectura a las adhesiones mencionadas.)

No queremos robar tiempo a quien puede enseñarnos. De forma que el camarada Largo Caballero tiene la palabra.

DISCURSO DEL COMPAÑERO FRANCISCO LARGO CABALLERO

Trabajadores: Sean mis primeras palabras de salutación a todos los combatientes que luchan contra el fascismo en España y por la independencia de nuestro país, y un recuerdo de gran emoción para todos aquellos que, luchando por la misma causa, han caído. Este saludo y este recuerdo debemos dedicarlos todos a esos hombres que luchan, como he dicho, por nuestra independencia, libre de muchos prejuicios y de muchas miserias humanas.

Os ruego que, a pesar de la multitud que aquí hay y de la incomodidad que todos tendréis por este mis-

UNAS BREVES PALABRAS DE EXPLICACION SOBRE EL MOTIVO DEL ACTO

No guía a la Junta directiva otro objeto al organizar este acto que buscar aclaraciones al pleito que, por desgracia para todos, existe en nuestra Central sindical. Una de las partes litigantes se hizo oír repetidas veces; pero la otra, quizá por razones ya expuestas en el acto por el camarada Largo Caballero, permanecía en silencio.

La experiencia tiene demostrado que para fallar un pleito hay necesidad de escuchar a las dos partes litigantes, y con el acto del día 17 creemos haber prestado a la causa proletaria un gran servicio.

Al margen nuestra Sociedad del pleito, más que nada por falta de elementos de juicio, hoy ya están en nuestro poder, por lo que cuando tenga la clase trabajadora que fallarle pueda hacerlo con conocimiento de causa; esto y sólo esto fué lo que a nuestra Junta directiva movió a organizar la conferencia pronunciada por nuestro asociado Francisco Largo Caballero.

Que sirva para que todos recapacitemos que estamos en guerra, y que siempre dijimos que ésta, por encima de todo, y el camino emprendido no es el mejor; por encima de todo, la unidad; las querellas para cuando nuestros asociados, al regreso de las trincheras, puedan opinar sobre ellas; y tenemos la seguridad que entonces la unidad, tanto política como sindical, será un hecho, porque aquellos sancionarán como se merece a los que a ella se opongan.

Antonio ALBA

mo motivo, tengáis un poquito de paciencia. Yo procuraré tenerla también.

Hace tiempo ya que no me ponía en comunicación, en reuniones públicas, con la clase trabajadora. Tengo que recordar, aunque sea incidentalmente, que la última campaña que yo hice fué la campaña electoral, con la que se contribuyó grandemente al triunfo de las izquierdas sobre el fascismo, que ya se estaba incubando en nuestro país. Recuerdo bien que en aquella campaña de propaganda eran tres o cuatro puntos principales los que yo trataba: primero, la amnistía para todos los hombres que estaban en la cárcel por motivo de los sucesos de octubre; segundo, un llamamiento a las

mujeres españolas para que éstas cooperasen al triunfo de las izquierdas; tercero, un llamamiento a los camaradas de la Confederación Nacional del Trabajo para que en aquella ocasión, dando de lado ciertas actitudes que habían tenido hasta entonces, cooperasen al triunfo, y cuarto, que, a pesar de que en las candidaturas iban muchas personas indeseables, los electores no mirasen las personas, sino la candidatura. Y así lo hicieron, y así se triunfó.

Desde entonces han sucedido muchas cosas. Después, sabéis que se constituyó el Gobierno presidido por mí. Yo tuve interés en que ese Gobierno estuviese constituido por todos los elementos que luchaban en las trincheras. Me parecía que nadie po-

dría negar el propósito de dar de lado muchos rozamientos, muchas cuestiones que había entre nosotros. Yo, cuando constituí ese Gobierno, lo hice con el interés de ganar la guerra. No hice exclusión de ninguna de las organizaciones que tenían luchando a sus hombres en las trincheras. Estuvo la tendencia del Partido Socialista, estuvieron los vascos, estuvieron los catalanes, estuvieron los republicanos, y, por fin, se logró que la Confederación Nacional del Trabajo hiciese un acto más de abnegación y entrase en el Gobierno, con lo cual se completó todo el cuadro de antifascistas dentro de este Gobierno.

No os voy a contar ahora lo que ese Gobierno hizo. Lo reservo para otras conferencias, por lo cual contestaré a aquella campaña de injurias y de calumnias

todavía tuvo el descaro de hacer y de realizar en un acto público. Muchos dirán y habrán dicho: ¿Cómo Largo Caballero no contesta a esas infamias? Pues lo digo ahora con entera libertad y franqueza: no porque no tenga qué contestar, sino porque para mí, por encima de esas miserias, estaba ganar la guerra y estaba... (Muy bien. Aplausos.) no ir a la tribuna pública, con lo cual podía, sin querer, contribuir a algo que pudiera perjudicar en la guerra. Unas veces, por si internacionalmente estábamos en tal o cual situación, yo dije siempre, a pesar de los requerimientos que se me hacían por todos sitios: No hablo. Es preciso que España salga del pleito que tiene en la Sociedad de Naciones; que jamás se pueda decir que ninguno de nosotros hemos contribuido con nuestra palabra a que España no logre en Ginebra lo que tenía derecho a lograr. Otras veces, por si se estaban hacien-

do operaciones en tal o cual frente, procurando que no llegase a esos frentes el eco de lo que se manifestase y pudiera desmoralizar a los combatientes y perjudicarles. Os aseguro que de los mayores sacrificios que he hecho yo en mi vida ha sido guardar silencio durante cinco meses; pero no me pesa, porque ese silencio, aunque los calumniadores y los difamadores hayan hincado sus uñas y sus dientes en mi persona, tengo la tranquilidad de conciencia de que mi silencio contribuía en bien de España y en bien de la guerra. (Muy bien. Aplausos.)

Se dirá: ¿Qué es lo que ha ocurrido aquí para que al hombre que antes todos le consideraban como un hombre representativo de la clase trabajadora se le haya hecho esa campaña? ¿Es que Largo Caballero ha cambiado de ideología? ¿Es que Largo Caballero ha hecho traición? (Voces: No, no.) No; eso digo yo, que no. ¡Ah!, entonces, ¿por qué se ha hecho esa campaña? Pues esa campaña se ha hecho, ¿sabéis por qué? Porque Largo Caballero

ha defendido la soberanía nacional en el orden militar, en el orden político y en el orden social. (Muy bien. Grandes aplausos.)

Y cuando ciertos elementos comprendieron—bien tarde, por cierto—que Largo Caballero no era un agente para ellos, ¡ah!, entonces se emprendió la campaña con una nueva consigna contra mí. Pero yo afirmo aquí que hasta poco antes de emprender la campaña a mí se me ofrecía todo cuanto hay que ofrecer a un hombre que pudiera tener ambiciones y vanidades. Yo podía ser el jefe del Partido Socialista Unificado. Yo podía ser el hombre político de España. No me faltarían apoyos de todos esos elementos que me hablaban; pero había de ser a condición de que yo hiciera la política que ellos quisieran. Y yo dije que de ninguna manera. (Aplausos.)

Decía yo que tarde me conocieron a mí. Ya podían haber comprendido desde el primer momento que Largo Caballero no tenía ni temperamento ni madera de traidor para nadie. Y me negué rotundamente, hasta el extremo de que en alguna ocasión, en mi despacho de la Presidencia del Consejo de ministros,

con personas representativas que debían haber cumplido con el deber de tener discreción, y no la tenían. Y yo les dije, delante de un agente suyo,

que Largo Caballero no toleraba injerencias de ninguna clase en nuestra vida interior política nacional. (Muy bien.) Y estas escenas violentas, que, como digo, tuvieron testigo que no será capaz de negarlo, fueron el comienzo de la campaña contra mí. Y principiaron contra Largo Caballero; pero vieron que la campaña esa personal no les daba resultado, porque había muchos trabajadores que no comprendían cómo esa campaña personal se podía hacer contra un hombre. Y entonces mudaron de disco y fueron contra la Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores; pero al ir contra ella, principalmente contra quien iban era contra Largo Caballero.

Ahora os explicaré lo ocurrido en la Unión, para que veáis la injusticia, las falsedades y toda clase de maniobras que se han realizado para llegar a la situación en que estamos. Y ¿por qué se decide Largo Caballero a hablar aquí? ¿Por qué se de-

cide a empezar a hablar? ¿Por qué este acto es el primero de la serie que pienso dar para enterar a España de la verdad de lo sucedido y para que España comprenda también quiénes son los que contribuyen con sus campañas a empeorar nuestra situación en todos los órdenes? Pues yo vengo aquí porque creo que ya no habrá nadie que pueda achacar a lo que yo manifieste en este acto lo ocurrido en Ginebra. No creo que tengan el cinismo de decir que yo soy el responsable de lo sucedido allí.

VISADO POR LA CENSURA

Además, camaradas, yo vengo aquí a hablar porque veo que nuestro Partido Socialista y nuestra Unión General de Trabajadores están en peligro, y yo vengo a contribuir a salvar a este Partido y a salvar a la Unión General de Trabajadores de España, porque lo que se pretende aquí, para servir ciertos intereses políticos, es provocar la disidencia en el Partido Socialista y en la Unión General de Trabajadores, y la están provocando todos los días. Pero yo lo he dicho y lo digo ahora: Se equivocan también. Largo Caballero ni provoca la disidencia en el Partido ni en la Unión General de Trabajadores. El que quiera, que la provoque; es decir, ya la han provocado, ya lo han realizado. Largo Caballero, no.

¿Qué es lo que ha sucedido en la Unión General de Trabajadores de España? Os lo voy a contar con la mayor brevedad posible. El origen de esta campaña contra la Unión General de Trabajadores comenzó ya cuando la crisis de mayo, la crisis política;

Incluso en la monarquía, no conocí yo una crisis que pudiera sonrojar tanto a cualquier buen español como ésta. Y aunque no entre ahora en muchos detalles, que ya lo haré, debo manifestaros que esta crisis se provocó por los representantes del Partido Comunista en el Gobierno. (Muy bien dicho. Aplausos.) El día anterior a la provocación de la crisis, algunos periódicos madrileños ya anunciaban acontecimientos políticos en el Consejo de ministros. Y en ese Consejo de ministros la representación comunista

pidiendo un cambio de política en la guerra y un cambio de política en el orden público. Este era el pretexto, porque en lo que se refiere a guerra, el Partido Comunista, como yo, sabía lo que ocurría, porque tenía representación en el Consejo Superior de Guerra, y, por consiguiente, no lo ignoraba; y en la cuestión del orden público en Cataluña, nosotros, como Gobierno central, no teníamos ninguna jurisdicción en dicha región. Fué un pretexto. Y en aquella reunión se me pidió a mí, se pidió que el Gobierno disolviese una organización política disidente del Partido Comunista. Largo Caballero, que ha sido perseguido, juntamente con las organizaciones a las cuales ha pertenecido y pertenece, por los elementos reaccionarios de nuestro país, manifestó que gubernativamente no disolvía ninguna organización política ni sindical; que no había ido al Gobierno a servir intereses políticos de ninguna de

las fracciones que allí había; que aquel que tuviera que denunciar hechos criminales o delictivos, como quieran llamarse, lo hiciese, y los Tribunales serían los que interviniesen y los que disolviesen o no la organización; pero que Largo Caballero, como presidente del Consejo de ministros, no disolvería ninguna de esas organizaciones. (Aplausos.) Y antes de terminar el Consejo de ministros, como no recibían satisfacción los proponentes, como el que está en un Comité de un pueblo rural, en el casino, con la mayor irresponsabilidad, como si se tratara de una reunión de amigos que no tuviera en el país ninguna labor ni ninguna responsabilidad, se levantaron los ministros comunistas y abandonaron el Consejo de ministros. En aquel acto, antes de levantarse, hice unas manifestaciones. Y las manifestaciones fueron que me parecía un crimen que en aquellos momentos se plantease una cuestión política; que si eso se hubiera hecho pasados unos días, no tendría tanta trascendencia; pero que en aquellos momentos yo lo consideraba un crimen. El hecho es que se marcharon, y yo tuve que dar conocimiento del asunto a quien debía. Esto lo hice por la noche, y la persona a quien yo di cuenta me pidió unas horas para reflexionar, dada la importancia del asunto. Yo fui llamado al día siguiente por quien debía llamarme para decirme que la crisis no se plantease en aquel momento, puesto que había entre manos, como vulgarmente se dice, unas operaciones que pudieran hacer cambiar la faz de la guerra en España, y había que hacer esas operaciones antes de producirse la crisis. Hechas las operaciones iríamos a la crisis. Yo me sometí, y dije que no tenía inconveniente en que, por mi parte, se aplazase la crisis unos días, hasta que se hicieran las operaciones y se viera su resultado. ¡Ah! Pero por la tarde me encuentro con que se presentan dos ministros socialistas en mi despacho, y estos correligionarios van a comunicarme que la Ejecutiva nacional del Partido había acordado que dimitiesen todos los ministros socialistas. Cuando yo oí esto comprendí la jugada y dije: «Bueno, señores, pues yo daré conocimiento a quien tengo que darlo.» Y, naturalmente, aquella decisión, no mía, sino de alguien que estaba por encima de mí en aquel momento, de aplazar la crisis para hacer unas operaciones, el Partido Socialista, por conducto de su Ejecutiva, la impide y se pone enfrente incluso de los deseos de aquel que había dicho que se aplazase la crisis.

Y, naturalmente, yo tuve que dar cuenta de este hecho, y al dar cuenta de este hecho, era natural, si del Gobierno se marchaban los comunistas y los socialistas, que no era posible aplazar la crisis. Y, además, hubo un gran interés en precipitar la crisis, porque una de las cosas que me dijeron esos dos correligionarios fué que habían acordado dimitir, y, además, que me rogaban que resolviese la crisis con urgencia. Es decir, uno de los objetivos de la crisis—que tenía varios objetivos—era impedir esas operaciones a que antes hacía yo referencia. (Muy bien.) Y, efectivamente, esas operaciones se impidieron, no se realizaron. Y yo no sé el resultado que esas operaciones tendrían; pero yo puedo decir y echar la responsabilidad de todo esto a aquellos que lo impidieron, que aca-

so si esas operaciones se hubiesen realizado España estaría en otras condiciones de las que está hoy. (Muy bien. Aplausos.)

En esta situación se produce la crisis. Después me encargaron a mí, me encargó otra vez quien podía encargarme, después de unas consultas, formar nuevamente Gobierno. Y yo hablé con todos, absolutamente con todos, y como siempre—porque en estas triquiñuelas de política burguesa en seguida nos adaptamos todos—, dieron buenas palabras; todo el mundo se ofrecía; pero en cuanto salían del despacho del presidente del Gobierno ya se ponían de acuerdo para poner toda clase de inconvenientes. (Risas.) Y recuerdo bien que una de las condiciones que a mí me ponía el Partido Comunista para colaborar en el Gobierno que estaba yo encargado nuevamente de formar era la de que yo no fuese ministro de la Guerra. Yo les decía: «¿Qué fundamento tenéis para esto?» Y me contestaban: «Porque ministro de la Guerra y Presidencia es muchísimo trabajo, y no conviene que tenga tanto trabajo.» (Grandes risas.) Yo les decía que no me parecía un fundamento sólido, porque quien lo tenía que examinar no eran ellos, era yo. Yo agradecía íntimamente el buen deseo (Risas.), la buena voluntad que tenían al procurar descargarme de trabajo. Pero esto era eso. Era algo de lo otro que os decía antes, que si hoy no puedo entrar en detalles, ya lo haré.

Yo, en Guerra, ya tuve que comenzar a ponerme, como vulgarmente se dice, en pie, e impedir muchos abusos que se estaban realizando. Entre ellos, me encontré un día con que los socialistas, en los cuales había depositado yo la confianza en el Comisariado de Guerra, habían permitido que se nombrasen, a espaldas mías y con documentos firmados por quien no los podía firmar,

Y cuando yo llamé a estas personas, correligionarios nuestros de confianza, y les dije que cómo habían hecho eso, me contestaron que creían que lo podían hacer. Y dió la casualidad de que la inmensa mayoría

de guerra que habían nombrado así eran comunistas. (Muy bien. Aplausos.) Y me encontré con más: Me encontré con que el

Cuando yo les llamé para preguntarles cómo habían hecho esto a espaldas mías, me contestaron que creían que yo estaba enterado. «Pero ¿cómo voy a estar enterado, les dije, de que ustedes se han nombrado generales de División y de Brigada para cobrar?» (Risas.) Y, además, con que mensualmente disponían de más de 200.000 pesetas para propaganda, para periódicos, para tal, para cual. Así me explicaba yo, me lo expliqué después, cómo había tanto dinero para hacer la propaganda comunista en España. (Risas y aplausos. Voces de aprobación.)

De ahí el motivo de que yo publicase una disposición anulando todos los nombramientos

y que los que quisieran ser comisarios me lo pidieran a mí, para yo revalidar el nombramiento. Ya recordáis todos la campaña que se hizo contra mí por este motivo, diciendo que yo quería deshacer el Comisariado. ¡Ah! No. Yo he entendido siempre, cuando le fundé, cuando publiqué la disposición, he entendido siempre que sería una institución que haría una gran labor y un gran

trabajo, si cumple con su deber, en el Ejército. ¡Ah! Pero lo que no creía yo, ni pensaba yo, era que eso podía servir para hacer un ejército de partido. (Muy bien.) Y, claro, todo esto fué haciendo ambiente. Se produce la crisis, y cuando llegan a la Comisión ejecutiva de la Unión General, la Ejecutiva de la Unión General, para dar un ministro pone condiciones. Yo, amistosamente, fraternalmente, tengo que decir que al poner aquellas condiciones yo creo que se cometió un error: error de detalle. Yo sé los buenos propósitos de la Comisión ejecutiva al proceder así. La Comisión ejecutiva vió que se había producido una crisis un poco obscura, producida por maniobras. No estaba bien enterada. La Ejecutiva, al decir: «Nosotros no damos ministros si no es en un Gobierno Largo Caballero», expresaba no que fuera simplemente ministro Largo Caballero; porque los comunistas querían que yo fuese el presidente del Consejo, pero no querían que fuese ministro de la Guerra. Y yo dije: «Queréis ponerme a mí de espantajo de ellos para que puedan hacer lo que les dé la gana en Guerra.» No, de ninguna manera. Yo, socialista, internacionalista, tengo amor a mi país; lo tengo a mi pueblo, que es este Madrid; lo tengo a España, que soy español, que no incompatible con ser internacionalista, ni mucho menos. Y yo, delante de quien debía decirlo, en una reunión dije: «Yo no puedo dejar de ser ministro de la Guerra por varias razones: Primera, porque yo no he hecho motivos para que se me eche del ministerio de la Guerra, y segunda, por que creo que como español tengo la obligación de defender al Ejército español y de conducirlo de forma que pueda llegar al triunfo.» (Muy bien.) Pues no creáis que estas arrogancias de españolismo quedan impunes en algunas ocasiones. En aquella ocasión no lo quedó. Ocurrió lo que todos sabéis. Pues bien; la Ejecutiva dice: «No.» Pero lo hizo por este motivo, no porque fuera Largo Caballero, porque últimamente no tenía por qué decirlo, porque Largo Caballero, si hubiera querido, hubiese sido presidente del Consejo de ministros, hubiese continuado siendo jefe del Gobierno. Pero yo no iba allí por ser jefe del Gobierno: yo iba allí a cumplir un deber. Creía que lo estaba cumpliendo en Guerra. Lo que pasaba es que yo estorbaba en Guerra. Esta era la cuestión. Y, claro, desde ese momento empezó la campaña contra la Ejecutiva, y empezó la campaña pidiendo la reunión de un Comité nacional. Y, efectivamente, yo todavía no me había reintegrado al cargo de secretario. Se celebró el Comité nacional, y la inmensa mayoría de las Federaciones que celebraron ese Comité nacional estaban fuera de los estatutos. Todos muy amantes de la Unión General, y todos muy amantes de la disciplina, y del U. H. P., y de todas esas cosas; pero no se acordaban de cumplir con la Unión General en cuanto a cotizaciones. No los cotizantes, los obreros, los pertenecientes a las Secciones, que esos pagaban; no. Los Comités, que no pagaban, y que no sabemos lo que harían con el dinero. (Muy bien. Aplausos.) Porque, últimamente, cuando hay una Federación que no recauda cotizaciones, no tiene más que decirlo, y como no tiene asociados, pues no paga por nadie, o paga por pocos. Pero, no; había Federaciones que no

pagaban una cotización desde el primer trimestre del año 1933. Las había de cuatro y cinco años, de tres años, de dos trimestres, etc.

Ha habido siempre en la Unión General en eso mucha tolerancia, y estos amigos, abusando de ella, no sólo tomaron determinados acuerdos, sino que inmediatamente comenzó una campaña de prensa contra la Ejecutiva, diciendo: Veis; hemos desautorizado a la Ejecutiva, y tal y cual. La habían desautorizado unos compañeros que decían representar a organizaciones que estaban en esa situación. Pero el caso es que se celebró el Comité, y siguen las campañas contra la Ejecutiva.

Y dió la casualidad de que la inmensa mayoría de los que habían nombrado así eran comunistas.

La Unión General de Trabajadores ha sido uno de los organismos que durante la guerra ha cumplido mejor con su misión. Recuerdo bien que cuando empezó la guerra organizamos en la calle de Fuencarral, número 93, una oficina de información para el Gobierno. Y no quiero yo que toméis a exageración si os digo — si tenéis medios se lo podéis preguntar al jefe del Gobierno y al ministro de la Guerra de entonces — que toda la información exacta de nuestra situación militar en España la recibía el Gobierno de Fuencarral, número 93. (Aplausos.) Entonces se daba el caso de que en el ministerio de la Guerra no había más información verídica que la de Fuencarral, número 93, porque el Gobierno no tenía ningún medio de información ni por los alcaldes ni por los gobernadores, que todo estaba trastornado; lo único que existía y tenía conexión con nosotros eran las organizaciones obreras de la Unión General de Trabajadores, por mediación de las cuales en todos los pueblos sabíamos la situación militar del enemigo y la nuestra, y se lo decíamos al Gobierno para ayudarle y para ganar la guerra. (Muy bien.) Y después, la Unión General de Trabajadores ha trabajado, ha tenido su labor permanente, hasta que el Gobierno se marchó de Madrid. No voy a hablar de esto. (UNA VOZ: Un poquito.) Tened la seguridad de que todos lo sabréis; pero cada cosa en su momento (Muy bien; muy bien). Al marcharse el Gobierno de Madrid tuvo que salir la Unión General de Trabajadores. Y yo voy a aprovechar la ocasión, por si hay compañeros que interpretaron mal entonces las cosas, para decirlos que lo lógico hubiera sido que entonces salieran solamente las organizaciones nacionales, las que representaban organizaciones nacionales. Porque esos Comités nacionales, de representación nacional, no representaban sólo a Madrid, sino que representaban a todos los obreros de provincias, y tenían que ir a sitios donde pudieran estar en relación con esos obreros. Pero las locales, como, por ejemplo, el Ayuntamiento de Madrid, la Federación Local de Madrid, la

Agrupación Socialista Madrileña, todo lo que fuera local, debía quedarse en Madrid; todo lo nacional, fuera de Madrid, a cumplir sus deberes con los demás afiliados y con los de Madrid.

La Unión General, en vista de la marcha de la guerra, comprendió que había que hacer una labor intensa en favor de España y de la guerra nuestra. ¿Quiénes son los que han movido las Internacionales, tanto la política como la sindical, más que la Unión General de Trabajadores de España? Todas las reuniones que han celebrado, todo el apoyo internacional que se ha tenido por parte de la clase trabajadora organizada, ¿a quién se debe, sino a la Unión General? Porque allí han ido otros organismos políticos que se llaman también obreros y nadie les ha hecho caso. A la Unión General de Trabajadores ha sido a la única que se ha hecho caso, porque ha sabido ganarse un prestigio internacional que no tienen muchos ni podrán tener. (Muy bien.) Y la Unión General de Trabajadores provocó la reunión de Londres para apoyar al Gobierno, etcétera, etcétera, y luego, la reunión de París. Y todos sabemos que hubo un movimiento de la clase trabajadora en el Extranjero favorable a nosotros; movimiento que por cierto luego se atenuó, y no por culpa nuestra, sino por los errores políticos que se cometían en España. Esa campaña favorable a nosotros en el Extranjero llegó un momento después de la crisis, en que se enturbió porque más allá de las fronteras llegaron rumores de que aquí se hacía una política de persecución a los elementos discrepantes, y todos sabéis que ha habido casos verdaderamente desgraciados, que todavía no se han esclarecido, de personas desaparecidas por elementos que no son el Gobierno, que son los que han constituido un Estado dentro de otro Estado. Y eso ha trascendido, compañeros, hasta el extremo de que han venido a España representantes de las Internacionales expresamente a averiguar qué había de verdad en eso. Y a nosotros personalmente se nos ha dicho que desde que esto ha sucedido ellos no podían levantar otra vez el entusiasmo en el Extranjero, porque sospechan que aquí quienes dominan y quienes influyen son — y nos lo decían claramente — los elementos comunistas. Y todo el mundo se pregunta si va a ayudar a España para que luego sean los comunistas los que rijan los destinos de nuestro país. Eso lo han venido a preguntar esos representantes. Y no es extraño, porque una de las cosas que yo censuré era esos excesos que, a juicio mío, se cometían, por ejemplo, de que hubiera mandos militares de gran importancia que asistían a Congresos comunistas, a desfiles en honor de comunistas. De esto se hacían fotografías, se publicaban en los periódicos, y esos periódicos iban a Londres y a París y a otras partes, y, naturalmente, cuando veían eso y veían que jefes del Ejército, de gran nombre y de gran influencia, asistían a esos actos, decían: Bueno; es verdad que allí los que dominan, los que influyen y mandan son los comunistas. Esto nos perjudicaba muchísimo. Y nosotros, cumpliendo un deber de lealtad con el Gobierno, mandamos una comunicación al presidente del Consejo de Ministros — que la tengo aquí — en la que le advertíamos de lo que estaba ocurriendo, y le decíamos que nos parecía que esta política

interior habría que cambiarla para no perder aquella influencia que teníamos antes en el Extranjero. Y publicamos una nota oficiosa en que hacíamos constar que nos dirigíamos al Gobierno para esto. ¿Sabéis las consecuencias que esto tuvo? Os las voy a decir: Publicada esa nota oficiosa se insertó en «Frente Rojo» el siguiente artículo:

(Procede a dar lectura a la nota a que se refiere en el párrafo anterior.)

Todas estas lindezas se nos dirigían a los hombres que estábamos en la Ejecutiva de la Unión General. Pues bien; los mismos que nos decían esto en «Frente Rojo», a las veinticuatro horas nos mandaban una carta, firmada por ellos y por la Nacional del Partido Socialista, en la que nos invitaban a tomar parte en una reunión con ellos. Naturalmente que la Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores, echando sangre, pudiéramos decir, esta ofensa todavía, contestó al Partido diciéndole no lo que habían dicho ellos, sino lo siguiente: «Si en el citado acto no tomase parte el Partido Comunista, la Unión General de Trabajadores, sin duda de ninguna especie, estaría representada en el mismo.» Nosotros no hemos querido romper nunca las relaciones con el Partido Socialista. Y en esta carta decíamos que si no estuviera representado el Partido Comunista iríamos; pero como estaba no podíamos asistir; hubiéramos ido si sólo hubiera estado el Partido Socialista. ¿Qué hacíamos nosotros con esto? Simplemente responder a una tradición: a la de que cuando se ofende de esta manera a una organización o a los que la representan, por propia dignidad, por la dignidad de la organización representada, no puede ser que al día siguiente, después de habernos llamado facciosos y traidores vayamos a la tribuna con ellos, como si no hubiera pasado nada. ¿Dónde está la decencia social y societaria de la gente, y qué dirían de nosotros si nos vieses al lado de los mismos que nos habían dicho todas estas cosas? Y por dignidad, no ya personal, sino de la organización, dijimos que no íbamos a ese acto ni a ninguno que fueran ellos mientras no rectificaran lo dicho en aquel artículo. ¿Qué hacíamos con esto? Pues cumplir acuerdos de nuestro Partido. Porque sobre este particular se ha hecho una gran campaña. Nosotros, además de Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores, de representar a la Unión General de Trabajadores, somos socialistas. Y el Partido Socialista tiene acordado lo siguiente: «Sobre los difamadores del Partido. — En tanto los elementos republicanos y anarquistas — decía entonces — difamen al Partido Socialista o a alguno de sus afiliados, las colectividades del mismo no celebrarán un mitin en unión de aquéllos.» Con nuestra manera de proceder no hacíamos más que cumplir este acuerdo.

Y ocurrió un hecho en Madrid muy lamentable; pero, la verdad, cuando se quiere mantener la disciplina dentro de una organización, no hay más remedio que hacer ciertas cosas. Posteriormente a la invitación de que os hablé antes se recibió otra para que viniéramos a Madrid a intervenir en un mitin que organizaba el Sindicato de Artes Blancas, en el que iban a hablar también los comunistas. Y a Artes Blancas le mandamos el artículo este íntegro, y le decíamos que no podíamos venir por to-

das estas razones. Insistieron, insistimos, y dijimos: «No vamos al mitin de Artes Blancas.» Sin embargo, celebraron el acto. Y el compañero secretario, en vez de haber guardado silencio y haber resuelto el problema dentro de nuestra Unión General, exigiendo responsabilidad, si la había, en un Comité nacional, va a la plaza pública a censurar a la Ejecutiva por este acuerdo, con lo cual contribuyó a la difamación, a las calumnias y a las injurias que estaban haciendo todos los demás elementos. (Aplausos.) Entonces nosotros, no por animadversión hacia el Sindicato de Artes Blancas — eso no se puede decir —, sino simplemente para imponer la disciplina dentro de nuestra organización, decimos: ¿El Sindicato de Artes Blancas se solidariza con el acto de su secretario? Contestan que sí, y le suspendemos de derechos. Compañeros: Todo esto se debe resolver en el Comité nacional. Allí diríamos el porqué de nuestra actitud; ellos contestarían. ¿Que ha habido buena voluntad? ¿Que no ha habido mala intención...? Ya se examinaría todo. Pero no ir a la plaza pública a hacer eso. Además, eso es lo que se ha hecho siempre en la Unión General.

Entre las acusaciones que se hizo a la Unión General está la de que no ayuda al Gobierno. A eso tenemos que decir — ya lo decíamos en otro sitio — que eso es una inexactitud; que nos presenten un caso, un solo caso, en que el Gobierno haya pedido apoyo a la Unión General y no le haya dado ese apoyo. Nuestras Federaciones, la de Metalúrgicos, es una de las que más contribuyen en favor del Gobierno, de éste o del que esté, produciendo material de guerra; la de Agricultores es una de las Federaciones que también contribuye mucho, porque habréis visto que cuando se han puesto las tasas a los comestibles ha sido la Federación de Agricultores la primera que ha llamado la atención a sus compañeros para que se cumplan los acuerdos del Gobierno, aunque tengamos nuestras reservas. Una cosa es que se diga que se cumplan y otra cosa es que se esté o no conforme en absoluto; Pero, en fin, de todos modos hemos dicho: hay que cumplirlo, se debe de cumplir.

Otra acusación que se ha hecho contra nosotros es que cuando el presidente de la República pronunció el discurso — me parece que fué al conmemorar el aniversario del movimiento —, la Unión General de Trabajadores de España no acudió, habiendo sido invitada. Lo decimos aquí solemnemente: la Unión General de Trabajadores no fué invitada a ese acto, y como no fué invitada, no tuvo por qué concurrir. A pesar de que se haya dicho en Madrid todo lo contrario, no fué invitada. Quien fué invitado fuí yo, y recibí la invitación al día siguiente. (Risas.) Y conste que no me pesó, porque para mí habría sido de una gran violencia personal no oír al presidente de la República, no, sino estar al lado inmediato de personas que no hacía mucho me habían injuriado y calumniado. Pero conste que la Unión General de Trabajadores no fué invitada.

Otra de las campañas, compañeros, que se ha hecho ha sido el pacto de no agresión — para hablar en términos diplomáticos — que ha hecho la Unión con la Confederación. Indudablemente en todas esas campañas ha presidido siempre la mala fe,

porque recordaréis que cuando se hizo público el pacto, lo primero que se dijo fué que ese pacto no tenía ninguna importancia, que ahí no se hablaba nada de la ayuda que había que prestar al Gobierno en la guerra, y, por consiguiente, que debía haberse hecho otro pacto de otra naturaleza. Cuando se convencieron de que eso era una torpeza, porque además de haber hecho ese pacto se estaba en relaciones con la Confederación para hacer un programa y llevarlo al Comité nacional — que así se lo dijimos a los compañeros de la Confederación — para que lo aprobase y luego ir a la tribuna pública a propagarlo; cuando vieron eso dijeron: «No; es que ese pacto, a pesar de ser de no agresión, no lo debíais de haber hecho la Ejecutiva, sino el Comité nacional.» ¿Qué fundamento había para eso? Yo voy a exponer unos pequeños antecedentes de esta cuestión. En primer lugar, en nuestros estatutos se determina, en su artículo 1.º, punto octavo, lo siguiente: «Entre los deberes que tiene la Unión está el de unificar la acción del proletariado con el propósito de crear la fuerza de emancipación integral de la clase obrera, preparándose para que, de acuerdo con el principio de que el instrumento de trabajo pertenece de derecho al trabajador, pueda asumir la dirección de la producción, el transporte y la distribución e intercambio de la riqueza social.»

En primer lugar, ya los estatutos imponen la obligación de unificar la acción del proletariado. Pero aquí tengo yo el pacto que hicimos con la Confederación en el año 1920, hecho por la Ejecutiva, no por el Comité nacional, y que está firmado por las siguientes personas:

Por la Unión General de Trabajadores: Francisco Largo Caballero, Francisco Núñez Tomás, Manuel Cordero, Luis Fernández, Juan de los Toyos y Lucio Martínez Gil.

Por la Confederación Nacional del Trabajo: Salvador Seguí, Salvador Quemades y Evelio Beal.

Posteriormente se nombró una Comisión, compuesta de los compañeros Besteiro, Saborit y Caballero, que fueron por Cataluña a propagar y a defender este pacto. De modo que ya tenemos el antecedente de que una Comisión ejecutiva había hecho un pacto, y que fué aprobado por el Congreso de la Unión General de Trabajadores de España.

Pero no es solamente eso; es que la Comisión ejecutiva de la Unión General, antes de reintegrarme yo al cargo de secretario, hizo otro pacto con la Confederación, firmado el 26 de noviembre de 1936, y suscrito por los compañeros siguientes:

(Da lectura a las firmas que figuran en el pacto.)

¿Qué decía este pacto? Pues lo mismo que el que hicimos nosotros, sólo que el nuestro estaba más articulado, y aquí decía: «Reunidas la representación del Comité nacional de la Confederación Nacional del Trabajo y la Comisión ejecutiva de la Unión General de Trabajadores para determinar conjuntamente el criterio que les merecían los diversos problemas que la clase obrera tiene planteados, señalando las normas que estimen indispensables establecer para llegar a la solución inmediata de los mismos, acuerdan, unánimemente, dirigirse a todas las organizaciones que representan para exigir de todas y cada una de ellas la máxima cordialidad en sus relaciones, garanti-

zando mutuamente el derecho a sindicarse en aquella organización que mejor sepa interpretar sus sentimientos e ideales, y respetándose, también, el derecho de cada Sindicato a orientar su actuación como corresponda a los postulados propios.»

Es decir, que ya la Ejecutiva ésta, en noviembre, había hecho un pacto, y luego, nosotros, hacemos el otro pacto, que es como éste, pero que en vez de ser un simple manifiesto, lo articulamos.

En relación con el de noviembre, de los estatutos nadie dice una palabra. Pero en cuanto se hace el nuevo pacto, que está Largo Caballero en la Secretaría de la Unión, ya no parece bien; se dice que es un disparate, que debía haberse llevado al Comité nacional, etc., etc. Eso no es justo.

Y por si esto fuese poco, hay que tener presente que los elementos disidentes de la Unión, uno de los primeros acuerdos que han tomado ha sido dirigirse a la Confederación para hacer un pacto con ellos; es decir, que ellos pueden hacer pactos; pero nosotros, no. Esa es la cuestión.

Y la campaña contra la Ejecutiva continúa, pidiendo otra vez reunión de Comité nacional. Y cuando vienen y piden la reunión de Comité nacional, observamos que entre los que lo piden hay muchos que dicen representar Federaciones que están sin pagar; otras, que no han ingresado en la Unión, como Tabaqueros y Correos Urbanos; otra, como Azucareros, que no sabemos siquiera dónde tiene el domicilio. Y vienen a pedir una reunión de Comité nacional para juzgar a la Comisión ejecutiva. Piden la reunión de Comité nacional y observamos que, después de toda esta campaña, el propósito que siguen es asaltar a la Unión, apoderándose de los cargos de la Directiva de la Unión. Y nosotros, cumpliendo un deber elemental, porque ese es el encargo principal que tenemos, decimos: «La Unión no la entregamos.»

En primer lugar, el que os está hablando fué elegido por unanimidad en el Congreso, a pesar de la diferencia de tendencias que había en aquel Congreso, secretario general de la Unión, y los demás compañeros de Ejecutiva fueron elegidos por un Comité nacional, con motivo de presentar la dimisión la Ejecutiva de entonces. No es que se la echó: es que voluntariamente dimitió, por lo que el Comité nacional tenía que elegir otra Comisión ejecutiva. Pero allí estaba todo el Comité nacional, con toda la Ejecutiva y todos los elementos, cumpliendo los acuerdos que tomaron; no como lo han hecho ahora, que se han reunido... (Una voz: Debajo de la escalera.) Esa cuestión la trataremos después.

¿Qué fundamento teníamos nosotros para suponer que todos estos organismos, todos estos compañeros que decían representar Federaciones, su propósito era asaltar los puestos de la Ejecutiva, y con esto dar satisfacción a los elementos comunistas, que ya pretendieron antes meter dentro de la Ejecutiva representaciones suyas y no se les permitió? ¿Qué fundamento teníamos? Pues os lo voy a explicar en pocas palabras: la conducta que estaban siguiendo y habían seguido con otras organizaciones políticas.

Aquí tengo los documentos de que todas las Federaciones provinciales de Valencia, Alicante, Castellón, Toledo, Albacete, Ciudad Real, Jaén, Cuenca, Almería, Badajoz, Córdoba,

Aragón; es decir, toda la España leal, las organizaciones socialistas — y aquí tengo las actas con los nombres y apellidos de las personas que asistieron — se reunían en Valencia y decían: «La Ejecutiva del Partido no funciona.»

Vamos a acordar decirle que funcione. Y como hay elementos que están en el extranjero, porque tienen cargos allí, y no pueden acudir a la Ejecutiva, vamos a pedirle que esta Ejecutiva se complete con otros elementos representantes de esas Federaciones. Y se recibe a los representantes de estas Federaciones y se les dice: «Ese documento que traen ustedes firmado por ustedes no tiene valor ninguno, porque eso puede ser una cosa personal; ustedes tienen que traer aquí un documento que acredite que están autorizados para hacer esto.» Y estos compañeros dicen: «Bueno; lo traemos.» Y van a sus Federaciones; se reúnen y recogen el documento, sellado y firmado, y lo presentan. Entonces se les dice: «No, no; eso tampoco tiene valor. Es preciso que las organizaciones obreras intervengan en eso.» Y entonces estos compañeros pensaron celebrar — lo digo sumariamente, porque no me puedo entretener en muchos datos — los Congresos para que éstos autorizasen de una manera expresa a estos compañeros. Y entonces se prohíbe la celebración de los Congresos, y se va por los pueblos diciendo que el que celebre Congreso será expulsado del Partido. No los permiten.

Y, además, con que mensualmente disponían de más de 200.000 pesetas para propaganda, para periódicos, para tal, para cual. Así me explicaba yo, me lo expliqué después, cómo había tanto dinero para hacer la propaganda comunista en España.

Inmediatamente, aquella misma noche, se fueron al periódico «Adelante», que era el órgano oficial de la Federación provincial valenciana.

Y es que los que hablan en contra de los controles no dejan de controlar periódicos, ni todo lo demás, para su servicio.

a apoderarse de él. Los compañeros y demás personas que estaban

al frente del mismo les dicen que no se le entregan de aquella manera; que era necesario levantar un acta de lo que se iba a hacer. Y, efectivamente, se levantó un acta notarial.

De esta manera es como se desposesiona primero al Comité provincial de la Federación valenciana y después al periódico. Y cuando la Unión General de Trabajadores ve este proceder, ¿tiene algo de particular que sospeche que lo que se quiere hacer con ella es una cosa parecida? Y dice la Unión: «De ninguna manera entregamos nosotros la organización. A estos que han pedido la celebración del Comité nacional, que no tienen derecho, les damos de baja por falta de pago.» Y dimos de baja por falta de pago a las Federaciones; pero inmediatamente nos dirigimos a las Secciones diciéndoles que como ellas no eran responsables, a ellas no les dábamos de baja, y podían seguir cotizando para que la Unión General quedara íntegra, y en todo caso hubieran desaparecido los Comités, que la mayor parte de ellos es un nido de caciques dentro de la organización. (Muy bien. Aplausos.) En seguida — ya lo criticábamos nosotros — se busca la parte sentimental, y se dice: «¡Han dado de baja a los mineros de Asturias!» No; a los mineros de Asturias no les habíamos dado de baja, porque sus Secciones continúan en la Unión General de Trabajadores de España. A los que hemos de baja ha sido a los que, diciendo que eran el Comité de la Federación, desde el año 1933 no han hecho caso de la Federación, como lo podemos probar con documentos que tenemos en nuestro archivo; a los que tenían y tienen abandonada esa Federación. Y están pagando directamente las Secciones de mineros a la Unión General de Trabajadores. Y, en último caso, ¿qué hablar de sentimentalismos de esa naturaleza! Cuando se ama a los obreros mineros de verdad no se está aquí de agente... (Grandes aplausos, que impiden oír el final del párrafo.)

Yo decía que si es verdad que a esos héroes de Asturias se les ama de corazón, como dicen, no se demuestra sirviendo de testafierros para dividir su organización política y sindical. No es así como se les ayuda. Es estando allí con ellos. (Grandes aplausos.)

Y, naturalmente, la campaña contra la Ejecutiva continúa. De todos los periódicos — caso insólito en España —, sólo hay uno en Valencia, de la noche, que se ocupa de defender a la Comisión ejecutiva. Y todo aquello que pueda significar defensa de esa Comisión ejecutiva

Y es que los que hablan en contra de los controles no dejan de controlar periódicos, ni todo lo demás (Risas.), para su servicio. La Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores se encuentra sin periódicos para defenderse. Y en Madrid igual. Y en todas partes. Sólo el periódico de Valencia de que os hablé antes. (Una voz: Eso no importa. La defenderemos nosotros.) Ahí está el error de ellos. No sé cómo no han escarmentado con lo ocurrido con los elementos burgueses, enemigos nuestros, que nos han perseguido como a fieras, como a perros rabiosos, y, sin embargo, hemos salido y nos hemos defendido. (Aplausos.) Esa lección debiera haber sido suficiente. Por mucho que nos persigan, por mucho que nos

quieran ahogar por medio de la prensa y con persecuciones, no triunfan, porque no tienen la razón, y, además, porque con los que luchan, podrán tardar más o menos, pero están dispuestos a defender la Unión General de Trabajadores hasta el último extremo.

Yo decía que si es verdad que a esos héroes de Asturias se les ama de corazón, como dicen, no se demuestra sirviendo de testafierros para dividir su organización política y sindical. No es así como se les ayuda. Es estando allí con ellos.

La campaña de prensa continúa, y se reúnen otros elementos pertenecientes a organizaciones dadas de baja por falta de pago y vuelven a pedir la reunión del Comité nacional. Nosotros les decimos, cuando van a visitarnos, que no hay inconveniente. Estamos dispuestos a celebrar el Comité nacional; pero les advertimos que tienen que traer aquí un documento acreditativo de sus Federaciones de que, efectivamente, ellos representan a las mismas y que aquéllas quieren la reunión del Comité nacional. Estos amigos consideraron que eso no era necesario; pero nos ofrecieron hacerlo. Y aquí tengo la carta en que ofrecen mandar ese documento, que estamos aguardando, pero que no llega. Y en vez de enviar el documento, lo que hacen es convocar una reunión de Comité nacional ellos mismos. Y esta reunión de Comité nacional la convocan en el mismo local social de la Unión General de Trabajadores. Y no solamente hacen eso, sino que mandan una carta diciendo que les preparemos el salón con todos los documentos, porque han convocado Comité nacional. (Risas.) Y entonces la Ejecutiva de la Unión General dice: «Pues no se celebra ese Comité nacional aquí.» Y les envía una carta comunicándoles que anteriormente se les dijo que si presentaban los documentos esos se celebraría el Comité nacional; si no, no. Agregando que ese Comité nacional que ellos anunciaban no se autorizaba, porque no era legal, no estaba de acuerdo con los estatutos, y, por consiguiente, no le permitíamos. Pues bien: a pesar de eso, el día primero de octubre, el día en que se abría el Parlamento, el día en que tenía el Gobierno que dar cuenta de la crisis, deciden

ir allí a celebrar sesión. Y nosotros decidimos no abrirles la puerta. (Risas.)

Y, naturalmente, cuando se convencieron de que no podían entrar y celebrar la reunión que querían dentro del local, se marcharon y se reunieron en otra parte. Naturalmente que nosotros hemos dicho y seguiremos diciendo que ese Comité que han nombrado ellos y esa reunión no es legal, que no está con arreglo a los estatutos, y, por consiguiente, que no la reconocemos ni como tal Ejecutiva, ni mucho menos.

Pero aquí lo grave, compañeros, es que estos amigos están favorecidos y están favorecidos por la Ejecutiva del Partido. Porque vosotros habréis leído — no sé si lo habrán permitido en Madrid; lo dudo — que a la Ejecutiva legítima de la Unión General primero se le secuestra toda la correspondencia en Correos. Ninguna carta que vaya a nombre de la Unión General se nos entrega. Hemos hecho reclamación, y parece que el presidente del Consejo de ministros ha dicho que se le dé a la otra Ejecutiva. Pero en Correos saben la responsabilidad que eso puede significar, y han decidido, según noticias, detenerlas allí. Por consiguiente, sabed todos que toda carta que vaya a nombre de la Unión General no llega a nuestro poder. Si queréis que llegue alguna carta tiene que ser a nombre propio, a nombre mío, por ejemplo: Francisco Largo Caballero, diputado a Cortes; pero no a nombre de la Unión.

Vamos al Banco, y como hoy a lo que hay que temer más que nada no es a los banqueros, sino a los banqueros, ya habían dado órdenes para que no se nos pagase ninguna cuenta corriente. Y también está detenido eso.

Pero estos amigos que no se atrevieron a entrar en el local de la Unión General de Trabajadores en Valencia, según manifestaciones que un compañero de ésta ha hecho en Madrid, porque ellos tenían noción de la responsabilidad y no querían cometer ningún acto que pudiera provocar una colisión entre nosotros, tienen el valor heroico de ir a la calle de Fuencarral, 93, donde hay una compañera mecanógrafa, a decir que se apoderan del local porque está esta compañera sola. Podían haber ido a la calle de Luis Vives, de Valencia, y no venir donde está una pobre muchacha, que, naturalmente, ¿qué iba a hacer, si se presentan allí diciendo: «Esto es para nosotros?» (Rumores.)

Los compañeros que han venido aquí y han hecho esa heroicidad han sido

Naturalmente que a nosotros lo que han hecho en la calle de Fuencarral, 93, no nos da frío ni calor, porque nosotros continuaremos luchando para defender la Unión General, y tenemos la confianza de que todo eso que han hecho no servirá de nada, absolutamente de nada.

Pero el hecho es que el Gobierno los ayuda, hasta el extremo, compañeros, de que habiéndose dirigido el Gobierno a la Unión General de Trabajadores, en carta que tengo aquí, para que nombrásemos un compañero que fuese a la Junta premilitar, en esa carta nos decía que la opinión del Gobierno era que nosotros nombrásemos a un camarada que se llama Fermín Corredor.

Siempre la Unión General de Trabajadores ha procurado con todos los Gobiernos, monárquicos y republica-

nos, que cuando había que nombrar un camarada para algún cargo en algún ministerio o en alguna organización, fuera la Unión la organización que nombrase, no el Gobierno. Y esto lo han respetado todos los Gobiernos. Unos, a regañadientes; otros, de buena voluntad. Y tenían que ser ciertos elementos los que influyeran cerca del Gobierno para que impusiese el nombramiento de un camarada. Pero nosotros, siguiendo la tradición, en vez de nombrar al que se nos decía, nombramos a otro compañero, comunicándole así al ministro de Defensa nacional; mejor dicho, al subsecretario de Defensa; pero al otro día, o a los dos días, nos encontramos con una nota oficiosa de esa Comisión ejecutiva que se constituyó como hemos hablado antes, donde decía que, a instancias del ministro de Defensa nacional, nombró a un compañero para ese cargo. Es decir, que ese ministro, la Subsecretaría de Guerra, además de la comunicación que nos había mandado a nosotros, se la mandó también a los otros, y nombraron no al que decía el Gobierno que había que nombrar, sino a otro.

Y luego nos mandan una carta diciendo que como era de libre elección del Gobierno, habían nombrado a Fulano de Tal, que era el que iba propuesto por los otros.

La Comisión ejecutiva nacional del Partido ha suscrito un documento, que ha firmado el Comité de Enlace, donde se meten con la Comisión ejecutiva de la Unión General, y dice que la única legal y verdad que hay en nuestra organización es la otra Ejecutiva. Y no solamente ha hecho eso, sino que ha hecho una circular en la que se recomienda a las Agrupaciones que reconozcan la otra Ejecutiva.

La Ejecutiva del Partido Socialista, su presidente, que es, además, presidente de esa Ejecutiva que se ha nombrado, es el mismo que aconseja a las Agrupaciones que le reconozcan a él, y que no hay más «Tía Javiera» que él. (Risas.) Es decir, que no hay ni el pudor ni el decoro que debe haber para haber dejado firmar eso al vicepresidente. Pero que el presidente diga a las Agrupaciones Socialistas semejante cosa es natural, si son aquellas Federaciones que no los dejaron ni reunirse, que no le hicieran caso, aunque yo no digo que no haya habido alguna que se haya hecho eco de dicha manifestación. Lo grave es que sea la Ejecutiva del Partido la que alimente esa disidencia dentro de la Unión General de Trabajadores de España. Esto es lo grave. ¡Y que eso lo haga el presidente del Partido — presidente aparente, que todavía no nos han dado cuenta de cómo se hizo aquella célebre elección que todos recordáis; pero, en fin, el presidente del Partido —, que es presidente de esa Ejecutiva de la escalera, etc., etc.! (Grandes risas.)

¡Si tendremos nosotros fundamentos para sospechar lo que se quiere hacer con la Unión General de Trabajadores, cuando se intenta hacer con ella lo que se ha hecho

Sabéis que en Cataluña hay lo que llaman un Partido Socialista Unificado, que no es Partido Socialista Unificado, sino que, en realidad, es el Partido Comunista Catalán; pero la realidad es que desde el primer momento ingresó en la Tercera Internacional. Y los que componen el Comité de lo que llaman Unión General de Trabajadores

son comunistas todos y tienen al servicio de ellos esa organización, o quieren tenerla. Y de lo que se trata aquí es de que teniendo Cataluña la organización de la Unión General de Trabajadores al servicio de los comunistas, y de hecho tener también en España a nuestro Partido al servicio de los comunistas, como la única organización que podía discrepar pudiese ser la Unión General de Trabajadores, también quieren apoderarse de ella para ponerla al servicio de los mismos elementos. Y eso nosotros no lo podemos permitir. Nosotros queremos que la Unión General esté libre y que sea ella la que determine cuáles son sus destinos políticos y sociales; pero no ponerla al servicio de nadie, absolutamente de nadie.

En cambio, a nosotros se nos acusa de anarcosocialistas porque estamos en relación con la Confederación, con la que se quieren poner ellos también en relación. (Risas y grandes aplausos.) Aquí lo gracioso, compañeros, es que eso lo hacen con intención de ofendernos. ¿Ofendernos a nosotros porque estamos en relación con la Confederación? Están completamente equivocados. Lo que hace falta es jugar limpio, y yo tengo que recordar — algo he dicho antes — aquellas campañas que se hicieron de carácter electoral, en que hicimos llamamientos a los elementos de la Confederación y a los anarquistas: «Las libertades de España están en peligro. Venid a ayudar y vamos a derrotar al fascismo y al enemigo.»

Nosotros — y me vais a permitir un poco de digresión en esto —, desde hace muchos años, cuando Pablo Iglesias vivía, ya hacíamos campañas contra el apolitismo de la Confederación. Considerábamos que esa actitud era una actitud equivocada. Ellos entendían lo contrario; pero nosotros entendíamos que la Confederación debía entrar en la acción política. Esta es la aspiración de todos, absolutamente de todos: que los trabajadores actúen políticamente como clase en contra de la clase burguesa. Esto lo hemos dicho siempre. Y llegan las elecciones, y cuando vemos en peligro la candidatura de izquierdas, entonces no tenemos ningún escrúpulo en llamar a la Confederación y a los anarquistas y decirles: «Venid a votar por nosotros.» Pero cuando nos han votado y ya estamos en el Parlamento; cuando se han constituido los Gobiernos, les decimos: «Vosotros ya no podéis intervenir en la vida política. Habéis cumplido con vuestro deber.» (Muy bien. Grandes y prolongados aplausos.)

¿No habíamos quedado todos los socialistas y todos los elementos de la Unión General de Trabajadores en que no debía haber ningún sector en España que fuera indiferente a la acción política? Si habíamos quedado en eso, al entrar en la acción política se entra con plenos derechos, íntegramente; no simplemente como agentes electorales para darnos el triunfo, sino para algo más, porque si fuera para eso solo, yo tendría que decir a los compañeros de la Confederación que no hicieran caso a esos llamamientos. No; eso es de mucha más importancia de lo que algunos creen. Esta campaña que se está haciendo contra los Sindicatos porque dicen que los Sindicatos quieren sustituir a los partidos políticos es una de tantas engañosas como están corriendo por ahí. No; aquí lo que hay

es una cosa que conviene aclarar, que es la siguiente: Cuando el Partido Socialista Obrero Español luchaba solo contra la burguesía le era muy difícil poder triunfar. Y cuando el Partido Socialista comprendió la conveniencia de que toda la clase trabajadora interviniese en la acción política, cambió de criterio, y en vez de decir que eran, simplemente, Sociedades de resistencia para la lucha económica contra el burgués, contra el patrono, se les dijo: No; esas organizaciones también deben luchar políticamente. Y cuando venían elecciones de diputados se les pedía dinero y que votasen a los diputados obreros o socialistas, y hasta se les pedía dinero también para las elecciones de concejales, y se han elegido algunos en los pueblos que eran representantes de organizaciones sindicales. ¿Cómo después de que nosotros hemos educado a la clase obrera, al cabo de años, y años, y años, en el sentido de que debe actuar políticamente con intensidad, puede llegar un momento en que le digamos a esa clase trabajadora: ¡Ah! Tú, como estás en el Sindicato, no tienes derecho a intervenir en la gobernación del Estado? Además, está en contra de lo que dicen los estatutos de la Unión. No, no; hemos dicho que el Poder ha de ser para la clase trabajadora. Y si el Poder ha de ser para la clase trabajadora, naturalmente que los Sindicatos tienen su actuación en la política. Porque si volvemos otra vez atrás; si ahora les decimos a los Sindicatos que no deben intervenir en tal o cual momento, nos exponemos a que cuando las aguas vuelvan otra vez a su cauce y los hagamos otro llamamiento nos digan: Ahora lo hacéis vosotros. ¿No nos habéis dicho que nosotros no tenemos derecho a intervenir en la vida política del Estado? En esto hay que andar con mucho cuidado, con muchísimo cuidado.

Naturalmente que ha habido por parte de algunos compañeros de la Confederación un deseo, como todo novicio en la vida pública. Se lo digo con toda fraternidad a estos camaradas: Son un poco inocentes en política. Todavía creen que todos somos buenas personas. (Risas.) Creen que en política basta el razonamiento, basta tener razón. ¡Bah! Ya se irán convenciendo de que no es así, de que la política, por desgracia, tiene muchos recovecos, y que muchas veces no basta tener buenos propósitos, ni mucho menos; pero ellos siguen lo mismo todavía. Y llega un momento en que querían, nada menos, que en el Gobierno hubiera una representación proporcional a la fuerza de cada elemento. Los partidos políticos, como tales partidos políticos; las organizaciones sindicales, como tales organizaciones. Naturalmente que si se hace un Gobierno con representación proporcional a las fuerzas de cada uno de los elementos, resultarían en mayoría los Sindicatos; pero no quieren excluir, ni mucho menos, a los partidos políticos. Lo que ellos dicen es que son las sindicales quienes deben gobernar, porque son las que producen, son las que hacen cambios de productos, etc., etc. Esta era su teoría, y en esto los partidos políticos, en general, todos han dicho: «Aquí hay un peligro. Estos vienen ahora a desbancarnos del Poder, y, naturalmente, hay que defenderse.» Y han hecho una cruzada contra aquéllos; pero es injusta, compañeros, comple-

tamente injusta. Y, sobre todo, yo llamo la atención a todos los trabajadores del peligro que significará que a una organización como la Confederación Nacional del Trabajo, que ha entrado en el Gobierno y ha trabajado con entera lealtad — y yo estoy dispuesto a discutirlo con el que quiera públicamente —, se prescinda de su colaboración. Estos hombres podrán haber tenido en el Gobierno alguna exageración en el deseo, por no tener conocimiento todavía de lo que era la política; pero de buena fe, de buena voluntad y lealtad. ¡Ah! Por encima de muchos elementos que hablaban siempre de lealtad, por encima de muchos. (Muy bien. Aplausos.)

A tales efectos, yo recuerdo, cuando los de la Confederación hicieron una campaña

que hablé con ellos, les dije los inconvenientes que eso tenía, y accedieron a desistir de dicha campaña, cosa que no han hecho otros, porque habréis observado que se boicotean disposiciones del Gobierno, o si no, dicen que no se cumpla tal disposición, y salen con otras cuestiones, como la que me planteaban a mí. Por ejemplo: habréis observado que hay una disposición del ministerio de Defensa nacional que dice que nada de proselitismo, nada de exhibición militar, etc. Callan un poco tiempo. Después dicen: «Bueno; la aceptamos», como si los ciudadanos tuviesen que decir eso. Los ciudadanos tenemos que aceptarla desde el primer momento. No hacemos ningún favor al Gobierno con aceptarla. Pero aparecen ellos, como diciendo: Para que veáis que somos buenos chicos, ahora recomendamos que se acate. No, no. (Risas.) Pero en seguida comienzan con una campaña. Dicen, por ejemplo, que hay que tener reservas, que no bastan las reservas que hay. No atacan por el otro lado; pero atacan por el de las reservas. Y se están pidiendo todas las quintas, como vosotros sabéis. Y aun suponiendo que no hubiese reservas, deber patriótico de ellos era callarse, porque lo contrario es decir al enemigo cuál es nuestra situación. Es una denuncia al enemigo. Es decirle: No hay reservas. Puedes hacer lo que quieras. Otra campaña: material de guerra, industrias de guerra. Hay que hacer esto y lo otro. Teniendo como tienen ministros en el Gobierno, eso no se puede hacer fuera de él. Esto lo puede hacer quien no tiene representación en el Gobierno. El que la tiene la hace dentro del Gobierno, pues decirlo en los periódicos es decirlo a Franco: No tenemos municiones; no tenemos industrias de guerra. (Muy bien. Aplausos.)

Por esto digo que son más leales, en este caso, los compañeros de la Confederación que los otros. No tienen más que eso, que son un poco inocentes. No conocen todavía la política como la conocen los otros. Pero ése es el hecho.

Yo recuerdo de un caso que me ocurrió a mí, y lo digo ahora incidentalmente, que ya lo explicaré en otra ocasión, con motivo de una campaña que se hacía siempre. En España tenemos hombres. Pero ellos, unas veces pedían reservas y otras veces decían que teníamos muchos hombres. Decían: «Tenemos hombres, tenemos armas, tenemos municiones, tenemos aviones, tenemos tanques. Lo que hay que hacer es aplicarlos bien. Hay que dárselos a los combatientes,

porque si no se les da, éstos sufrirán las consecuencias.» Tuve yo que llamar a algunos de esos elementos y enseñarles los datos que tenía, pues llevaba al día la estadística de todas las municiones, de todos los fusiles y de todas las ametralladoras, con una cuenta corriente de entradas y salidas. Y cuando estos hombres en los periódicos decían que teníamos todas esas cosas y que no se aplicaban bien porque el ministro de la Guerra no las daba, tenía yo, a disposición mía, en España,

Lo digo porque ya pasó; pero yo llamé a uno de los agentes que tenían dentro del Gobierno y le dije: «Mire usted: ¿Qué hago yo? ¿Salgo públicamente a decir que eso es una falsedad y que no tengo

Con esto lo que hago es enterar al enemigo de nuestra situación. ¿Me callo? Si me callo, la opinión pública española dirá que los combatientes no vencen porque el ministro de la Guerra no les da el material que tiene.» (Muy bien. Aplausos.)

Esta es la política, y, naturalmente, hay que agradecer, en esta situación, que ciertos elementos sean leales y cumplan con su deber, y hay que poner en evidencia a los otros también.

En fin, nosotros afirmamos que esa Comisión ejecutiva de la Unión General que se ha organizado no es legal, no tiene autoridad, porque incluso nuestros estatutos dicen claramente en uno de sus artículos que para destituir al Comité nacional debe irse al referéndum, cosa que no han hecho. Claro es que a ellos no les interesa. En el artículo 55 se dice:

«Referéndum.—Cuando se tomen acuerdos de importancia por escasa mayoría en el Congreso se podrá acordar someter el asunto a un referéndum entre todos los confederales. También podrá el Comité nacional someter a referéndum todos aquellos asuntos graves e importantes que afecten a la totalidad de las organizaciones federadas, como decidir una acción especial que en determinado momento pueda desarrollar la Unión General; para aumentar o reducir la cuota y para poder resolver las propuestas que pudieran presentarse de destitución del Comité nacional.»

Es decir, que si estos camaradas creían que la Ejecutiva debía ser sustituida, debieron haber pedido un referéndum entre todas las organizaciones, para que este referéndum hubiera dado por resultado su destitución o no; pero en vez de eso se reúnen ellos. Y unas veces dicen que no son libres y que tienen que contar con sus organizaciones para proceder y otras dicen que representan a las Federaciones. ¿En qué quedamos?

La interpretación que damos nosotros es que los vocales del Comité nacional no pueden hacer nada por cuenta propia, porque representan o deben representar a las Federaciones. Porque si nosotros considerásemos que esto podía hacerse de una manera personal o individual, entonces lo que hacíamos era consolidar el caciquismo dentro de nuestras organizaciones, y esto no puede ser.

Y ya que no se ha hecho este referéndum, nosotros decimos: Estamos dispuestos a resolver el pleito en un Congreso nacional. ¿Queréis celebrar un Congreso nacional? Nosotros le celebramos, y que las organizaciones obreras, de una manera libre, digan quién tiene razón. Y a aquel que haya faltado, que se le ex-

pulse, se le separe, o lo que sea. Pero elegirse ellos o nosotros en simples dueños de organizaciones, hacer lo que nos parezca, eso no nos parece correcto, ni reglamentario, ni mucho menos.

Y, por último, os voy a hablar de un tema que he tenido el propósito de guardarlo hasta última hora. Muchos se habrán hecho la siguiente pregunta: ¿Y qué piensa Largo Caballero de la unificación del proletariado? Se ha especulado mucho con esto. El silencio por mí tenido se ha interpretado mal. Incluso se ha dicho que yo era enemigo de la unificación del proletariado. Pues yo voy a decir aquí lo que pienso de la unificación del proletariado.

Largo Caballero no ha retrocedido ni un ápice del pensamiento que tenía en cuanto a la conveniencia de la unificación del proletariado español. Mantiene exactamente el mismo criterio. Ahora, lo que pasa es que otros no lo mantienen; es decir, hay unos que en este tiempo no hemos hablado de unificación, pero que creemos que es una conveniencia y una necesidad, y otros que hablan de unificación y luego después, «sotto voce», dicen que la unificación no es posible, y no se hace.

Yo hablé en algún tiempo de la unificación, por ejemplo, en las Juventudes Socialistas. Cuando yo hablaba de la unificación de las Juventudes Socialistas, o marxistas, mejor dicho, yo me refería a las Juventudes Socialistas, a las Juventudes Comunistas y hasta a las Juventudes Libertarias de la Confederación: a toda la juventud revolucionaria. Convenía fusionarse orgánicamente; pero lealmente. ¡Ah! Pero desde entonces acá, no yo, sino otros que hablaban entonces también de unificación de las Juventudes, lo han interpretado en el sentido de que la verdadera unificación de las Juventudes se hace por edades, no por ideologías. Es decir, que ya no van a entrar solamente los socialistas, los comunistas y los libertarios, sino los católicos, los enemigos del régimen que nosotros queremos implantar, y por eso yo no transijo. (Muy bien. Aplausos.) La unificación de las Juventudes españolas ha de ser con el propósito de preparar el terreno para hacer la revolución que nosotros deseamos. (Muy bien.) Y eso no lo pueden hacer más que los que piensen o tengan una ideología igual o parecida, o, por lo menos, que sean enemigos del régimen actual. Pero aliarse, no aliarse, fusionarse, con los católicos, que son enemigos del régimen que queremos implantar nosotros, que quieren mantener el régimen de privilegios y que nos han traído esta guerra, con esos Largo Caballero no puede estar. (Muy bien.) Se dice: ¡Ah! Es que el papel principal de estas Juventudes debe ser la alegría y divertirse. Y yo no digo que no. Seríamos unos imbéciles si dijésemos a las Juventudes: No te diviertas. No tengas alegría. Naturalmente que alguien lo ha dicho de una manera muy sencilla, pero muy exacta: Para divertirse y tener alegría hacen falta muchas cosas, y en la situación en que estamos de guerra no es fácil que haya alegría ni que pueda nadie divertirse como quiera. Aquí lo trágico es que se quiere entretener a una juventud de esa manera: con bailes, con deportes, que están bien cuando hay tiempo para todo eso; pero ahora que estamos en guerra, hablar de esas cosas, no. Además, una juventud revolucionaria po-

drá divertirse. Eso será lo supletorio; pero que haya organizaciones que consideren que lo principal es el baile y la juerga, eso no, de ninguna manera. Lo primero son los ideales, y después de los ideales, como juventud, ellos harán lo que tengan que hacer. Pero que las organizaciones «irrevolucionarias» (Risas.), como ellos dicen, con todas las erres, con diez o doce erres, ocupen su tiempo en organizar actos de esa naturaleza en vez de educar a las masas obreras jóvenes en las ideas redentoras de la Humanidad, me parece un verdadero crimen, háylalo aconsejado quien lo haya aconsejado.

Esto en lo que se refiere a la juventud. Por lo que respecta a la unificación del Partido Socialista y el Partido Comunista, yo no he retrocedido nada. Unicamente lo que pido es que aquellos que en algún tiempo querían hacer esta fusión, se mantengan en el terreno de hacer una fusión de los dos Partidos con un programa revolucionario.

Yo recuerdo bien, cuando hablábamos de esto, que el Partido Comunista nos ponía como condición — que rompíamos relaciones con todos los partidos burgueses. ¿Es que lo mantienen ahora? (Voces: No.) ¿Es que mantienen ahora que rompamos con todos los partidos burgueses, como lo hacían antes? No; al contrario: la consigna que tienen es que volvamos otra vez a antes del 18 de julio. (Aplausos.) Y si la unificación ha de ser con esa condición, de que toda la sangre vertida ha de ser para que germine otra vez en nuestro país la clase que ha sido la responsable principal de la guerra que padecemos, Largo Caballero no está con ese sistema. (Voces: Ni nosotros tampoco.) Nosotros no podemos ser unos locos que queramos implantar un régimen de la noche a la mañana; pero lo que decimos es que no es justo ni es lógico que después de la tragedia de España se esté ahora, otra vez, poniendo a todos los caciques, a todos los propietarios, a todos los elementos que fueron los responsables principales de esta guerra. (Muy bien.) De modo que si esos elementos quieren la unificación, como entonces hablábamos y para lo que entonces hablábamos, Largo Caballero no ha retrocedido nada.

Con la Confederación. Con la Confederación es más difícil la fusión. No debemos engañar a la gente ni a los compañeros hablándoles de fusión de la Confederación y de la Unión General. Quién sabe si con el tiempo... Pero, por ahora, no.

Pero yo lo que digo es una cosa: Si la Confederación ha entrado en la vida política, que yo — perdonadme un rasgo un poco de vanidad — es de las cosas que en mi historia política consideraré como un galardón el haber contribuido a que estos compañeros entren de lleno en la vida política de nuestro país, y que históricamente yo me hago responsable de todo lo que pueda haber en eso (Aplausos), con estos compañeros que hayan reconocido nuestra honradez, nuestro buen propósito, nuestras ansias de traer un nuevo régimen que en el que vivimos, en aquello en que podamos estar de acuerdo, debemos ir juntos, debemos cooperar juntos, porque yo tengo la confianza de que con el tiempo estos compañeros reconocerán que esos ideales que ellos tienen — un poco, a juicio mío, no diré fantásticos, de una sociedad, pero algo de ignorancia — de crear una sociedad en que todos

seamos buenos y honrados, como decía la Constitución del 12, se convencerán que la Humanidad no es esa, y para llegar a eso — que llegará — hay que recorrer muchas etapas de socialismo, de comunismo y luego irán, incluso, al anarquismo. Cuando se habla de anarquismo parece — ya lo decían los burgueses y así lo recogen todos los enemigos políticos — que significa el caos, que nadie se entiende. No, no es eso: el anarquismo es un ideal que quiere implantar un régimen utópico hoy, porque quieren la perfección de la Humanidad, y eso es imposible. ¿Pero, por eso, nosotros hemos de estar en frente de ellos? Y, además, cuando ellos lleguen a vencerse de las imperfecciones de los humanos, ¿no han de reconocer que tenemos que ir todos de común acuerdo para ir saltando obstáculos y llegar a lo que ellos mismos desean? ¿Quién se va a oponer a eso? Nadie. Por eso me parece que si con la Confederación no podemos hacer la fusión, lo que podremos hacer es tener unos lazos de unión, de comprensión, de relaciones, que no nos ataquemos los unos a los otros, que nos respetemos nuestras organizaciones, que vayamos convenciéndonos todos de que debemos ser todos unos, y creo que esto se puede hacer. ¿Es que esto no es conveniente para la clase obrera? ¿Es que por esto soy anarquista, como dicen algunos elementos? Además, a mí eso no me deshonraría; lo que me deshonraría es que habiendo sido socialista, marxista, me hiciese católico. (Muy bien. Aplausos.) Lo que me deshonraría es que habiendo estado en este Partido y teniendo una vida pública modesta, un día apareciese, por ejemplo, que había ingresado en un partido republicano burgués por coger unos cuantos puestos o unas cuantas «propinas» que me pudieran dar en un Ministerio (Risas); eso sí que me deshonraría. Pero si yo un día me convenciese de que teóricamente el anarquismo era posible, y yo por estudios y evoluciones de las ideas comprendiese que era fácil, lo diría públicamente y no me deshonraría por eso. ¡Estaría bueno que se pudiese considerar como una deshonra llamar a nadie anarquista! Esos son los residuos de las teorías burguesas, porque como ha habido en España y en todas partes lo que se llamaba anarquistas de acción, que se les llamaba criminales entonces, creen ahora que todos los anarquistas hacen lo mismo. Son épocas que pasaron y que por desgracia no sé si tendrán que volver. (Rumores.)

Porque esas cosas no se producen en los cerebros de una manera espontánea; eso es consecuencia de una tiranía, de una dictadura embozada o franca que pueda haber en el régimen social en que vivimos. Porque si las cosas se ponen de manera que no dejen vivir política ni socialmente, ni de ninguna manera, ¡ah!, el hombre, al fin y al cabo, tiene dentro lo que tienen todos los animales: el instinto de defensa, y se defiende como puede. Lo que hay que hacer es no dar motivo para que lo haga y no confundir la dictadura del proletariado con la dictadura de un grupo de personas privilegiadas. (Muy bien. Aplausos.) Cuando Marx habló de la dictadura del proletariado, ya lo dice: del proletariado; no de fulano, ni de mengano, ni de tal partido, ni de tal organización; de la clase trabajadora organizada, que será la que se imponga y no deje levantar la cabeza al enemi-

go común que tenemos nosotros siempre. (Aplausos.)

En fin, comprenderéis que, para empezar, ya es suficiente; después de tanto tiempo ha perdido uno hasta la costumbre de hablar. Y yo no os voy a pedir más que una cosa: que todo lo que oigáis sobre este pleito de la Unión General de Trabajadores lo analicéis, lo estudiéis; que no os fiéis únicamente de lo que diga una prensa, pues ya habéis visto que casi toda la prensa está contra nosotros. Ved las cosas que se publican, pensad vosotros sobre si puede ser verdad una cosa o no. Yo no quiero sacar aquí el Cristo para nada; pero cuando a los cuarenta y siete años de organización obrera oigo decir que Largo Caballero quiere imponer una política personal, yo me río; me parece mentira que algunos amigos no se hayan dado cuenta en cuarenta y siete o cuarenta y ocho años que yo era un tirano, de que yo era un hombre que trataba de imponerme a todo el mundo. Una de dos: o estos amigos y los trabajadores que me oyen son unos tontos, o es uno demasiado pillito. Yo no me lo puedo explicar; no, no. Se dice, por ejemplo, que yo quiero imponer mi voluntad en la Unión General de Trabajadores, como se ha dicho que la he querido imponer en el Partido Socialista, como se dice que la he querido imponer en el Gobierno. De esto ya hablaré yo en su momento. Pero, camaradas, ¿es que no me conocéis? ¿O creéis que he cambiado ahora, al cabo de los años, pues ya he entrado en los sesenta y nueve? Por cierto, que se corren por ahí rumores de que yo, físicamente, estaba malo. Cuando he estado en Francia, la primera pregunta que me dirigían era ésta: «¿Está usted mejor de salud?» Y yo contestaba: «Pero si yo no he estado enfermo; si yo estoy sano.» Ahora que hay algunos que se empeñan en que no esté bien (Risas); pero yo les advierto que tienen para rato, que mientras Largo Caballero viva y otros compañeros, que tenemos noción de nuestra responsabilidad, elegidos unos por un Congreso, y otros por un Comité nacional, dentro de los estatutos, que tenemos noción del cumplimiento del deber, que sabemos que una de las primeras condiciones que se imponen a todo hombre, cuando se le elige para defender o representar una organización, es defenderla a todo trance y a toda costa de los asaltos, los quiera dar quien los quiera dar, comprenderéis que no debe extrañaros que nosotros tengamos el tesón; que continuemos defendiendo la Unión General de Trabajadores y que digamos: ¡Viva la Unión General de Trabajadores! (Voces: ¡Viva!) Y que no hay más Unión General de Trabajadores de España que la representada por esta Ejecutiva, digan lo que quieran otros elementos. No hay otra ni puede haber otra.

Se ha dicho en algún mitin que estaban dispuestos a todas las transacciones; nosotros también. No nos negamos a ninguna transacción ni hace falta para llegar a una solución; pero, ¿por qué no aceptar el armisticio? ¿Por qué no aceptar que, mientras tanto, no sigan las campañas que se están haciendo de calumnias y de injurias? ¡Ah! No quieren; quieren tomar posiciones. Pues nosotros nos defenderemos.

Camaradas: A luchar, hasta vencer, en la guerra y en la revolución.

He terminado. (Grandes y prolongados aplausos.)

LA VOZ DE LOS FRENTEROS

¡¡Maldición!! ¡¡Mussolini!!... ¡¡Mussolini!!

Azote y vergüenza del pueblo italiano

Tu nombre pasará a la Historia, y cuantas generaciones surjan, en lo que el mundo sea mundo, te maldecirán.

En el fértil campo de la civilización y de la cultura del siglo XX, eres la terrible nube que amenaza arrasar su exuberante cosecha.

La traición y el engaño fueron la base de tu encumbramiento, y en los años que Italia padece tu fatal Estado, ¿qué es lo que tu régimen ha enseñado al mundo? Absolutamente nada, a no ser cómo se conduce a un pueblo al hambre y a la miseria más espantosas.

Impotente para dar solución a las múltiples necesidades de tu país, te metes en aventuras para, por un lado, hallar disculpa al lamentable estado de su economía, que tus doctores de estadista no supieron encauzar, y por otro, ver si con la «razia» que realizas en otros pueblos puedes nivelar lo que tu ímpetu llevó a la hecatombe.

En las bayonetas de esas legiones que denominas con el nombre de «camisas», «plumas» y otras alegorías, y que ostentan el color de tus entrañas, es en lo único que cifras tu salvación.

La aventura de Abisinia te fué relativamente fácil. Te encontraste frente a un pueblo cultural y cívicamente muy atrasado, y tus fuerzas motorizadas pronto salieron triunfantes, ¿cómo no!

Deslumbrado por el éxito de este crimen, y ciego de ambición, te metiste en España. Ten cuidado. Todavía anda por el mundo la sombra de Napoleón, recordando a los olvidados de lo que es capaz este pueblo.

Su ambición fué igual a la tuya, y sus ejércitos se conocían en todo el mundo como invencibles. España, en su lucha por la independencia, derrotó sus ejércitos y cubrió de ridículo el poderío de aquel despota. Esto ocurrió entonces, en que el pueblo español luchaba por su independencia. Hoy, que además de su independencia defiende su libertad, es natural que su entusiasmo en la lucha sea infinitamente superior.

El manantial de sangre que unos traidores abrieron a su patria, tú lo has convertido en caudaloso río.

Fácilmente se comprende tu odio al «rojo»; pero tu lucha contra él es completamente estéril. El poder que ostentas lo robaste con alevosía y crimen. Esa sangre roja que derramaste salpicó tu existencia para toda tu vida. Para mantenerte en tu poderío tienes necesidad de cometer nuevos crímenes todos los días, y el horizonte que utópicamente pensaste ver limpio y lleno de gloria lo ves completamente rojo por la sangre que has hecho derramar. Rojos son los campos que tus huestes conquistaron en Abisinia; rojos son los campos que en España mancillan tus ejércitos con sus pisadas. La sangre que por tu culpa se derrama operó en ellos esa metamorfosis que será el fin de tu existencia en fecha no lejana.

Tu poderoso navío con la tripulación completa de tu pomposo

Estado naufragará en este mar de sangre que tu reconcentrada soberbia creó para desdicha de la Humanidad culta. Y tú, que movilizaste todos los resortes de tu poderío para aniquilar al rojo, te ahogarás en rojo. Tu mortaja será roja, tu tumba será roja y toda tu existencia espiritual será roja.

¡¡Mussolini!! ¡¡Mussolini!! Azote y vergüenza del pueblo italiano, ¡maldito seas!

Pedro MONJE

Sensaciones

Ara y canta, labrador

No tienen sol los caminos. Es temprano todavía, pero ya se siente un rumor de esquilas por los pueblos y los campos de esta parda Extremadura. Es canción de sementera. Yo lo sé. A más nos lo dice el vaho tibio que se desprende de la tierra removida. Lo dicen también los rostros campesinos; lo dice el cuerpo y la sangre, que sienten ya el rebullir de una otoñada fecunda.

El ímán de tu recuerdo, tierra extremaña, trae al pensamiento una lluvia de eternas sensaciones que ponen en tensión lírica todas las fibras sentimentales de mi ser, de donde el tiempo no podrá borrar las imágenes captadas en horas de alegría y sufrimiento. Pero hoy, que vas por otros senderos, he de decirte lo que siento y contarte lo que he visto. Tus campos no tienen ya lindes de espina, ni de piedras. Las encinas no esconden tras sus milenarios troncos las siluetas verdinegras de la Guardia civil, pesadilla eterna de tu vida.

Se fué para siempre el amo. Tú lo sabes, labrador. Se acabó la feria humana en la plaza pública, donde se contrataba el hambre entre oraciones y alcohol. Se han ido de tus pueblos y de tus campos, Extremadura, el usurero, el ladrón y el cacique. Tú los viste salir ocultos en la sombra de la noche, con la bolsa llena de oro y el trabuco cargado para sumar sus vidas a la traición. Todos se fueron, menos tú, labrador.

Ahora estás solo, con tus campos, con tus yuntas, con la sola compañía de tus hijos menores. Los otros también se fueron, pero no con el amo ni con el cura, ni con el usurero, ni con el cacique, ni con el ladrón. Se fueron cantando, camino adelante, en busca del invasor. Con ellos se fué toda la juventud, quedando tristes y solos los pueblos y los campos. Desde entonces trabajas tú la tierra, viejo campesino. Ahora no tienes más consuelo que la carta o noticia que te traen del hijo. El estruendo de la guerra ha hecho enmudecer la gaita de los pastores y el cantar de los pájaros. Hoy es más grande que nunca la soledad de tus campos, Extremadura.

Os he visto, viejos campesinos, sentados al lado de un chaparro, al pie de vuestras yuntas, fijos los ojos en el cielo, cargado de nubes, abiertos de par en par vuestros sentidos para captar los sonidos que vienen de lejos. Vosotros veis y sentís la guerra como nadie y todos los dis-

No cabe la menor duda, a pesar de los aparentes reveses que nuestra causa haya podido sufrir en los frentes del Norte, de que el futuro nos pertenece, y hemos de procurar preparar a los militantes de las organizaciones sindicales para la honda transformación que éstos han de llevar a cabo.

Una vez conseguido el triunfo sobre el enemigo interior y exterior, estas actividades desaparecerán y la estructura de los Sindicatos cambiará

Tenemos que prepararnos

Los Sindicatos en el futuro

radicalmente con la victoria de la clase trabajadora sobre los invasores extranjeros, ansiosos de dominación de nuestro suelo, rico en materias que a ellos les escasean, y que los traidores a nuestro país no tuvieron escrúpulo en ofrecer a cambio del envío de fuerzas mercenarias.

Los Sindicatos han de tener como una de sus principales misiones la creación de núcleos que por su preparación se hallen siempre en condiciones de hacerse cargo de la dirección y distribución de la producción, que ha de ser no de uno, sino de la colectividad, a la que forzosamente se dedicarán todas las actividades de aquéllos.

La lucha de clases, origen casi de la existencia de las colectividades, en el régimen por el que nuestros soldados luchan no tendrá puesto, y, al contrario, serán los más firmes sostenes del Estado proletario en creación, al que representará el Poder político constituido por la clase única, la productora, en sus diversas manifestaciones, manual e intelectual, fuertemente compenetrados y unidos.

Los Sindicatos, como fuerza constructiva, tendrán misiones importantes que desarrollar en la futura construcción socialista, para lo que se precisa no solamente voluntad, sino conocimiento de los múltiples problemas que forzosamente han de plantearse, para lo cual se necesita preparación, a la que todos estamos obligados a contribuir. El viejo concepto burgués que de los organismos sindicales existía ha de desaparecer ante el interés colectivo. Ha de desaparecer el materialismo que le invadía de la jornada corta y la elevación del salario, que nada significaban ante la inmediata represalia del capitalismo: la elevación de los medios de vida, con lo que anulaba toda mejora material, que a veces costaba la pérdida de salarios y de energía, casi siempre difíciles de catalogar.

Los organismos obreros, en el porvenir, ante la desaparición de problemas como el paro forzoso, la falta de recursos en caso de enfermedad o vejez, la insalubridad de la vivienda y otros innumerables, que son en el régimen que se trata de destruir sus principales preocupaciones, tienen forzosamente que sufrir un buen cambio de estructura, que será mucho menor si sus componentes poseen la educación más elemental de los problemas que están llamados a solucionar en el régimen sin clases que inevitablemente se ha de instaurar una vez aniquilado el enemigo, nacional y extranjero, que lucha en nuestro país por que continúe el de opresión, contrario a toda norma de humanidad y de justicia social.

Que no nos coja a nosotros, albañiles, desprevenidos esta necesaria transformación.

Nuestra clase patronal demostró su incapacidad aun en épocas para ella favorables, y nosotros hemos de recoger las enseñanzas de ésta para nuestro futuro desenvolvimiento, sin apresuramientos ni ensayos a destiempo, sino con preparación, con conocimiento.

L. Romero SOLANO

Antonio ALBA